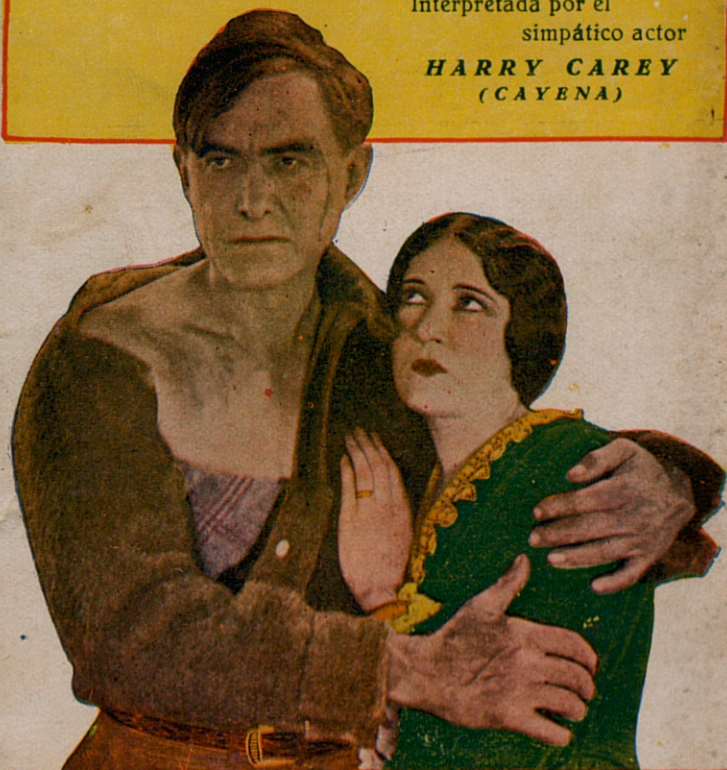


ANTES DE LA DICHA

Interpretada por el
simpático actor

HARRY CAREY
(CAYENA)



***** LAS JOYAS DE LA PANTALLA *****

— BIBLIOTECA
CINEMATOGRAFICA

♦ Redacción y Administración:
Mora de Ebro, 141. - BARCELONA

25 Cts.

LAS JOYAS DE LA PANTALLA

SILENT SANDERSON 1925

ANTES DE LA DICHA

Versión literaria de la magnífica película
del mismo título, interpretada por
el célebre cow-boy

HARRY CAREY (CAYENA)

...

Exclusiva: L. GAUMONT
Paseo de Gracia, 66. - BARCELONA

...

BIBLIOTECA CINEMATOGRAFICA
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
MORA DE EBRO, NÚM. 141 -- BARCELONA

ANTES DE LA DICHA

I

En el año 1893, las praderas de Texas, faltas de agua que regase sus extensas llanuras, se quemaban bajo los ardientes rayos del sol, y el ganadero que, por un milagro de la naturaleza, tenía en sus propiedades, aunque no fuese nada más que un pequeño hilo del precioso líquido podía considerarse dichoso al compararse con los otros que no tenían ni donde dar de beber a su ganado.

Entre estos últimos se hallaba Jaime Parsons, uno de los más humildes ganaderos de

aquellas comarcas, que no podía resignarse, como otros, a ver morir de hambre y de sed a su ganado.

Cerca de su rancho estaban las posesiones de Downing, cuyo propietario era un noble anciano, de alma compasiva y gran amante de la justicia, que jamás negó la entrada a sus terras a cuantos ganaderos querían abreviar su ganado en un pequeño manantial público enclavado en sus posesiones.

* * *

A la muerte del viejo propietario heredó aquellos terrenos un sobrino suyo llamado Raúl Downing, un hombre de la ciudad, contaminado de todos sus vicios y que con esta herencia se había convertido de la noche a la mañana en propietario rural.

Su primera hazaña fué el prohibir la entrada de los ganaderos al manantial que se hallaba en sus posesiones, pero Parsons, que durante muchos años había utilizado dicho manantial y que sabía que nadie había adquirido ningún derecho de propiedad sobre él, no hizo caso de tal prohibición y continuó abrevando en él su ganado, hasta que un día el capataz de la finca le llamó la atención, diciéndole:

—No puede usted seguir utilizando este

manantial, Parsons. Es orden del nuevo propietario.

—¡Pero si aunque está en sus posesiones, esa agua pertenece a todos los ganaderos de esos alrededores! ¡No tiene derecho a cercarla!

—Mire usted; ahí viene el propio Downing. Háblele usted si quiere—repuso el capataz, comprendiendo la razón que tenía el ganadero.

Pero aquél, en vez de atender la justa reclamación de Parsons, le gritó a su criado:

—¡Cierre esa puerta y procure que no vuelva a abrirse más!

—Pero tenga usted en cuenta, señor, que está cometiendo una injusticia—protestó humildemente Jaime—. Ese manantial ha sido aprovechado siempre por todos los ganaderos del valle.

—¡Ese manantial es mío y no permitiré que nadie lo use, hasta que se me demuestre lo contrario!

—¡Piense que mi ganado morirá de sed antes de que pueda demostrarle que, legalmente, no puede hacer lo que hace!

—Eso a mí no me importa—terminó diciendo Downing y volviéndole la espalda se dirigió de nuevo a su coche, mientras que Parsons contemplaba con tristeza su ganado a quien aquel hombre, sin corazón, acababa de condenar a una muerte segura.

* * *

A poca distancia del rancho de Parsons dormía, en quietud de eterna siesta el pueblecito Sundom.

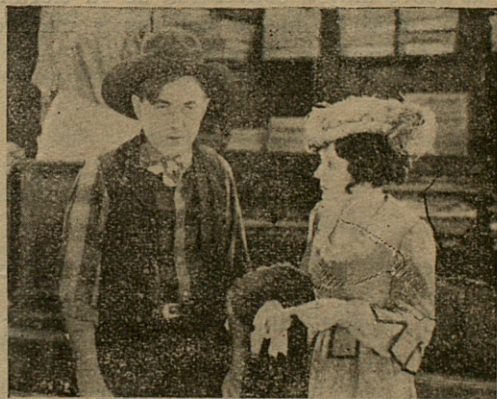
En él se hallaba establecida como modista y sombrerera Raquel Benson, una encantadora joven de extraordinaria belleza, cuyos hermosos ojos negros parecían que brillaban encendidos por los fuertes rayos del sol que iluminaban aquellas tierras y que fascinaban a frente. Muchacha alegre y frívola, ignoraba lo cuantos hombres eran capaces de mirarlos de lo que era un verdadero amor y no concedía al matrimonio más transcendencia que la de librarla de la esclavitud del trabajo cotidiano.

El afortunado mortal que había conseguido acaparar, aunque sin interesarlo el corazón de Raquel, era Esteban Parsons, el hermano de Jaime.

Ese a su vez también amaba en silencio; desde hacía mucho tiempo, a Raquel, pero sacrificó sus esperanzas el día que supo que él y su hermano estaban enamorados de la misma mujer.

* * *

Cierto día, mientras Esteban y Raquel estaban en el interior de la casa hablando de



—¿Pero que le pasa a Vd.?—dijo al ver el aspecto sombrío de Jaime...

su próxima boda, Jaime se encontraba en la tienda cuando entró una parroquiana para comprar un sombrero y el pobre hombre, que entendía de modas lo que de obispo, no quiso interrumpir el dulce coloquio de los enamorados y le ofreció el primero que tuvo a mano.

—¿No cree usted que me tomarán el pelo en la ciudad?—preguntó la parroquiana, que estaba con el sombrero como para exponerla como anuncio en el escaparate de una tienda de antigüedades.

—¡Está usted de primera Rita!—le contestó Jaime, a punto de soltar la carcajada.

Y la pobre mujer, convencida de su elegante figura, pagó lo que le pidieron y marchó toda satisfecha de su compra.

* * *

Momentos después, cuando salió Raquel y se enteró de la venta, exclamó, riendo:

—¿Pero cómo ha vendido usted esa anti-gualla, Jaime?...

Mi madre se lo hizo antes de nacer yo. ¡Oh Jaime, es usted un hombre verdaderamente extraordinario! Cuando Esteban y yo estemos casados, será usted mi hermano mayor y le querré... y le querré tanto como a mi señor marido.

—¿Pero qué le pasa a usted?—continuó diciendo, al ver el aspecto sombrío de Jaime.

—Estoy pensando en el ganado—contestó señalando a Downing, que al otro lado de la calle hablaba con varios amigos—. Downing

ha cerrado el manantial y los animales están muertos de sed.

Al enterarse Esteban de esta noticia, que desconocía, se dirigió, seguido de su hermano y de su novia, hacia donde estaba Downing y le dijo:

—¡Usted no tiene derecho a cerrar el manantial! ¡Matará usted nuestro ganado!

—Me interesa muy poco lo que pueda sucederle al ganado de usted!—contestó aquél des-defiosamente, pero Raquel intervino para decirle:

—¡Su tío nunca prohibió a los ganaderos del valle que utilizasen el agua de su rancho, señor Downing!

Y éste, fijándose en la belleza de la muchacha, le contestó, acercándose a ella:

—La cosa varía... Si una joven tan bonita como usted me lo pide, el manantial está a disposición, no sólo de ustedes, sino de todo el mundo—y luego dirigiéndose a Jaime, le propuso, cínico:

—Parsons, haga el favor de presentarme a la señorita.

Mas éste lo que hizo fué cogerla del brazo y alejarse con ella sin contestarle siquiera.

II

Tres días después, los deseos de un hombre sin honor y la coquetería de una mujer frívola, que se dejaba deslumbrar por el falso brillo de oropel, dieron lugar a la siguiente carta:

"Querido Esteban: Es muy duro para mí tener que decirte que me casaré esta noche con Raúl Downing. Perdóname y olvídate... y que Jaime, tan bueno y tan justo, no me juzgue demasiado severamente.

Raquel."

Cuando Esteban recibió esta carta, su dolor no tenía comparación posible y con el corazón deshecho por la pena, escribió al dorso de la misma:

"Raquel: Me has hecho mucho más daño del que te figuras... Te perdono... Pero no sé que va a ser de mí..."

En aquel instante se presentó Downing y en tono amenazador, le dijo:

—He venido a amonestar a su hermano.

A pesar de mis advertencias, sigue llevando su ganado a mis propiedades.

La presencia de aquél hombre odiado, que le había robado el corazón de la mujer que tanto amaba, hizo a Esteban contestarle airadamente y pronto de las palabras pasaron a los hechos.



Conforme lo acordado, Raquel y Raúl se casaron
aquella noche

Parsons, más fuerte que Raúl, por cada puñetazo que recibía daba tres y éste, comprendiendo que en aquella lucha no podría vencer con nobleza, sacó su pistola y disparó contra su adversario, que se desplomó muerto instantáneamente.

Nadie se enteró del crimen y Raúl, para verse libre de un proceso, que podría terminar en presidio, colocó la pistola en la mano del muerto, para dar la sensación de un suicidio y huyó a la ciudad, antes de que pudiera ser descubierto.

* * *

Cuando Jaime regresó, aquella noche, a su rancho, se vió dolorosamente sorprendido por la muerte de su hermano, que creyó se había suicidado, al leer la carta de Raquel que en la lucha había rodado por el suelo.

Y en la calma de la noche, Jaime Parsons hizo un poderoso esfuerzo de voluntad, para que el dolor no truncase su entereza y poder dar sepultura al cuerpo de aquel sér querido, que durante tantos años había compartido con él las penas y alegrías de la vida.

* * *

Conforme lo habían acordado Raquel y Raúl Downing se casaron aquella noche.

En el momento en que los dos nuevos es-

posos iban a salir del pueblo, y cuando Raúl, acusado por su propia conciencia del crimen que había cometido aquella tarde, decía a Raquel:

—¡Date prisa! ¡Quiero salir cuanto antes de este pueblo!—se presentó Jaime y dirigiéndose a la joven le dijo, entregándole la carta que había escrito a su hermano.

—¡Esteban ha muerto!... ¡Se quitó la vida por usted!

Y ante la indiferencia con que ella recibió la noticia, continuó:

—¡Y nosotros que creíamos que era usted un ángel!

No supo la muchacha qué contestar a la reconvención de su antiguo amigo y se alejó con su marido hacia la gran ciudad, mientras que Jaime, solo con su dolor, pensaba que tal vez algún día pagaría ella con lágrimas de sangre, las que tan dolorosamente amargas le había hecho verter por la muerte de su hermano.

III

Han transcurrido dos años. Nos encontramos entre las nieves de Alaska, donde, atraídos por el brillo mágico del oro, hombres de todos los países atravesaban diariamente el peligroso Paso del Chilkoot, en el Klondike; unos para lograr la fortuna, otros para olvidar su vida anterior y los más, para dejar la vida en la difícil aventura.

El pueblo improvisado de Dawson, se hallaba enclavado en el centro de un anfiteatro natural limitado por los altos picachos de una cordillera a la que la nieve cubría casi todo el año.

En el pueblo predominaba abundantemente el sexo masculino y únicamente en el "Alcázar", una especie de paraíso mahometano, algunas muchachas de rostros pintados hacían las veces de huríes, traídas por su propietario, Pedro Smith, para aligerar del peso del precioso metal los bolsillos de los concurrentes.

* * *

Entre los más asiduos al establecimiento se encontraba Carlos Garret, el personaje más



—Quiero que me venda el contrato de esta mujer

importante que ponía los pies en el "Alcázar"; sus minas de oro y su suerte como jugador le concedían ciertos privilegios de que no disfrutaban los demás clientes de la casa.

Al llegar aquel día, el dueño se acercó a él para mostrarle las nuevas bailarinas que había

traído y Garret, después de contemplarlas, exclamó:

—Me parece que sus nuevas bailarinas están un poquitín pasadas, Smith.

—No hable usted hasta que no vea a una que llegó ayer... y que saldrá en seguida.

* * *

En efecto, al poco tiempo apareció la figura de una mujer en cuyo rostro se adivinaban las huellas de un doloroso pasado, incapaces de alterar la soberana belleza de sus facciones.

La nueva bailarina, aunque parezca extraño, era Raquel Downing, la antigua modista de Sundom, que víctima de su frivolidad había descendido por la pendiente de las desgracias hasta ir a parar a aquel infierno.

Apenas apareció en el salón cuando uno de aquellos hombres, rudo como la naturaleza que lo rodeaba, se abalanzó hacia ella.

Lo pobre muchacha, asustada por la bárbara acometida, huyó espantada de él, pero Garret, deteniéndola, se interpuso entre ella y el obrero y le dijo:

—Venga conmigo, joven. A mi lado no tema usted que nadie la moleste.

Y, sin que ella opusiese ninguna resistencia,

la condujo a un reservado, donde después de tranquilizarla le preguntó:

—¿Cómo es que una mujer tan modosita como usted ha venido a parar a este sitio?

—Me casé hace dos años con un hombre que luego resultó un miserable. En Skagway



Ya se disponía Jaime a marchar al poblado ..

huí del lado de mi marido y me encontré sola y desamparada... No me quedaba más remedio que aceptar el contrato de bailarina que me ofrecieron, si no quería morir de hambre.

Y la pobre muchacha creyendo de buena fe

el interés que aquel desconocido le demostraba le fué contando toda su vida, sin adivinar en la mirada de Garret el insano deseo que la iluminaba.

* * *

También en medio de aquella sociedad primitiva se encontraba, desde hacía más de un año, Jaime Parsons, a quien todos, por la sobria adustez de su carácter, conocían por el sobrenombre del "Silencio Sandersons".

Al verlo entrar en el "Alcázar" el dueño del establecimiento se le acercó para decirle:

—¡Qué raras veces se le ve por aquí, Sanderson!... Vive usted como un topo, siempre aislado en su cabaña.

No tuvo tiempo de contestar el aludido. Unos gritos pidiendo auxilio, que partían del reservado donde estaba Garret, llamaron la atención de los concurrentes y Jaime, impulsado por sus caballerosos sentimientos, se lanzó en socorro de la mujer que tan angustiosamente los reclamaba.

De un soberbio empujón derribó la puerta de la habitación y separando violentamente a Garret lo arrojó, de un tremendo puñetazo, por la escalera.

Al verlo, Raquel reconoció en seguida al

hermano de su antiguo novio y, avergonzada de que la viese en aquel lugar, le preguntó humildemente:

—¿No se acuerda usted de mí, Jaime?

Toda la tragedia de su vida pasada, la muerte de su hermano y la indiferencia con que



Jaime sentía que el odio iba cediendo lugar al amor...

ella acogió aquella noticia, se le representó con más fuerza que nunca, a la vista de aquella mujer, y los deseos de venganza que durante tanto tiempo tuvo que acallar; vieron en este momento el más oportuno para quedar satisfechos.

Se encaminó al mostrador donde estaba Pedro Smith y le dijo:

—Quiero que me venda usted ahora mismo el contrato de esa mujer... Pagaré lo que sea necesario.

Al principio se negó a ello el propietario del "Alcázar", sin duda para saber hasta dónde llegaban los deseos de Sandersons, y cuando vió que se le presentaba un bonito negocio, le cedió el contrato por el precio que él estipuló y le dijo a Raquel:

—El "Silencioso" ha comprado tu contrato, y, por lo tanto, él es el único que dispone de ti.

Y sin que el mismo Garret se atreviera a oponerse, Jaime se llevó a la muchacha a la cabaña que habitaba, que parecía una isla rodeada de un mar de nieve, en medio de las desoladas extensiones de Alaska.

* * *

Raquel le seguía sin decir palabra, recordando uno por uno todos los detalles de los primeros años de su juventud, el daño que había causado a aquel hombre que acababa de comprar su libertad y lloraba en silencio con lágrimas de sincero arrepentimiento, su lamentable equivocación.

Cuando llegaron a la cabaña, Jaime hizo que se sentara cerca de la lumbre y le dijo:

—Tranquilícese. Deseo únicamente recordarle algo que yo no he olvidado...

Y le mostró la carta que tiempos atrás escribiera ella a su hermano, comunicándole su boda con Downing.

—Jaime... Yo estaba loca... no sabía lo que hacía...— sollozó la desgraciada mujer—. Usted es bueno y justo... ¿Por qué no intenta comprenderme y perdonarme?

—¡Mataste a mi hermano... destrozaste mi corazón! ¡Te haré sufrir tanto como tú me hiciste sufrir a mí y a él!

Los dos quedaron silenciosos, absortos en sus recuerdos, como si la sombra del muerto viniera a recordarles los antiguos dolores.

IV

Al amanecer del día siguiente, un sol débil y opaco, iluminaba vagamente los picos de las montañas, que en la semi-obscuridad del crepúsculo, sejaban imponentes fantasmas.

Durante toda la noche la inquietud de su porvenir no dejó dormir a Raquel que se levantó a los primeros claros del día.

Tampoco Jaime había podido conciliar el sueño meditando su plan de venganza, y a medida que transcurrían las horas, el odio, que él creía sentir, iba desapareciendo, para dejar paso al amor que durante toda su vida había profesado a aquella mujer.

Ya se disponía a marchar al poblado cuando la voz de Raquel le detuvo diciéndole:

—Jaime... supongo que querrá usted saber por qué me encontré anoche en el "Alcázar"— y a un signo afirmativo de él, continuó.

—Después que salimos de Sundom, comprendí la enorme locura que había hecho... Mi marido era un jugador... En el tapete ver de ha dejado todo lo que poseía.

—Comprendo... Y cuando estuvo arruinado le abandonaste, ¿eh?

—¡No, no es eso, Jaime; no es eso!... Me vi obligada a huir de él, porque últimamente le daba por beber y me maltrataba sin piedad!... Y ahora... dígame, Jaime, ¿por qué me ha



... al reconocerle un grito se escapó de sus labios

traído usted aquí?

—Ayer creí saberlo... hoy no estoy muy seguro de ello. Déjame ahora marchar y pensarlo.

—¡Pero Jaime, yo no puedo quedarme aquí sola! Déjame marchar con usted.

—¡O te quedas aquí o vuelves al "Alcázar"! ¡Elige!

La repugnante visión del establecimiento amedrantó de nuevo a la joven que prefirió morir, a verse otra vez en aquel antro de perdición.

Ante el silencio de la muchacha abandonó Jaime su cabaña y montó en su trineo para dirigirse al pueblo.

* * *

Por la tarde de aquel mismo día un nuevo personaje, medio cegado por la nieve hizo su aparición en el "Alcázar", preguntando por Raquel.

—Sí, ya sé a la mujer que usted se refiere... Se la llevó anoche el "Silencioso Sanderson"... Si quiere encontrar su cabaña, marche siempre en línea recta... está a veinte millas de aquí, pero ande usted con cuidado con la nieve que va a quedar ciego. Si quiere crearme, huya de la luz por algún tiempo—le respondió el encargado.

Mientras tanto, Jaime, en vista de la tempestad de nieve que se avecinaba, procuró volver a su cabaña antes que la noche le sorprendiera por el camino.

V

Aquella noche se desencadenaron los elementos y el forastero, que durante toda ella había andado perdido, buscando en vano la cabaña del "Silencioso", cuando llegó cerca de ella, tuvo que luchar con los lobos que el hambre había arrojado de sus guaridas.

La nieve de aquella noche había cegado por completo al caminante y a ciegas tuvo que librarse de la acometida de los lobos.

Cuando ya le faltaban las fuerzas para luchar, sonó un disparo que puso en huida a las fieras y apareció Jaime, que había oído los alidos de los animales y los gritos pidiendo socorro del forastero.

Medio muerto de hambre y frío, lo condujo al interior de la cabaña, donde lo esperaba Raquel, a la que dijo:

—¡Dame un poco de aceite! ¡Es un ciego de la nieve!

A pesar del estado lamentable del herido, Raquel reconoció inmediatamente a su mari-

do y un grito de error se escapó de sus labios.

¡¡ Downing!!

* * *

Este, que en efecto era Raúl Downing, al oír pronunciar su nombre, exclamó:

—¡ No veo... estoy ciego... estoy ciego!

—¿Adónde se dirigía usted, forastero?—le preguntó Jaime.

—Andaba buscando la cabaña de un tal Sanderson—respondió éste llevándose las manos a los ojos, en los que el dolor se agudizaba cada vez más y le hacía decir palabras sin sentido—. Se llevó una mujer a la que yo persigo —y pidiendo completamente el conocimiento continuó—. El "Silencioso Sanderson"... se ha escapado con mi mujer!... ¡Pero yo le encontraré y le haré seguir el mismo camino que al joven Parsons!

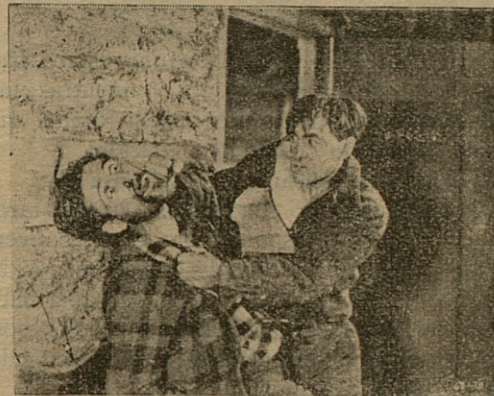
—¿Qué camino le hizo usted seguir al joven Parsons?—preguntó Jaime, queriendo aprovechar el estado de aquel hombre y saber la verdad de la muerte de su hermano.

—¡Yo lo maté... e hice creer a todos, hasta a su propio hermano, que se había suicidado!... ¡El mundo está lleno de imbéciles!

Al oír esta declaración, Jaime se volvió hacia la joven, a la que creía culpable, pero ella adivinando el pensamiento de Parsons, le dijo:

—¡Jaime... le juro a usted por lo más sagrado que yo no lo sabía!

La sinceridad con que la joven dijo estas



... no eran dos hombres los que luchaban; eran dos odios...

palabras disiparon las sospechas de Jaime, que volvió a creer otra vez en el arrepentimiento de aquella mujer.

VI

Al siguiente día, Raúl Downing estaba bastante mejorado de su ceguera y mientras Jaime estaba en su trabajo preguntó a Raquel, que se había quedado cuidando al herido.

—¿Dónde está el amo de esta casa?

—Ha salido con su trineo. Quizás tarde algo en volver—, respondió la joven, convencida de que su marido no le había reconocido.

Pero éste, aliviado de la vista, se había dado cuenta de la presencia de Raquel y sólo esperaba el momento de quedarse a solas con ella, para obligarla a seguirle.

Así es, que tan pronto como supo que estaban solos, exclamó para que ella se acercase:

—¡Mis ojos!... ¡Me están matando!

Raquel creyendo verdad la queja, se acercó a él para lavarlos de nuevo con un poco de aceite, pero tan pronto como estuvo a su lado, Raúl se abalanzó sobre ella y entre los dos esposos se entabló una lucha horrible.

* * *

Cuando el marido estaba a punto de obtener la victoria, apareció Jaime y, de un golpe, la libró de las garras de aquel infame, que de una manera tan indigna pagaba la hospitalidad que le daban.

Una vez que lo redujo a la impotencia le gritó Parsons:

—¡Tenga cuidado de no hacer nada parecido, porque puedo olvidarme de que es usted un pobre ciego!

Al verse libre, Raquel huyó hacia donde estaba Jaime y le dijo:

—Jaime... Ese hombre es mi marido... Pero me da mucho miedo...

En aquel instante Raúl se había incorporado, y logró alcanzar una pistola, sin que nadie lo viera, y apuntado a su rival le amenazó

—¡Ahora, amiguito Parsons, voy a mandarte a donde mandé a tu hermano!

Y uniéndolo la acción a la palabra disparó sobre él, pero la bala no pudo alcanzarle, porque Raquel, de un salto, se colocó delante de Jaime y recibió el proyectil.

Ya sin compasión alguna, Parsons se arrojó

sobre Downing, que sin amedrantarse, esperó la agresión.

La lucha era tan feroz que no podía durar mucho. No eran dos hombres los que luchaban, sino dos odios que hubieran querido exterminarse con la sola mirada.

Por fin, Jaime, más fuerte que su adversario, consiguió deshacerse de él y arrojarlo por la ventana a fuera, donde aquella noche, los lobos fueron juez implacable de todos sus crímenes.

Mientras tanto, Parsons cuidaba de la herida de Raquel y oía de sus labios, como una confesión de amor, las palabras de la joven que le decía:

—Jaime... no me importa morir... si obtengo su perdón.

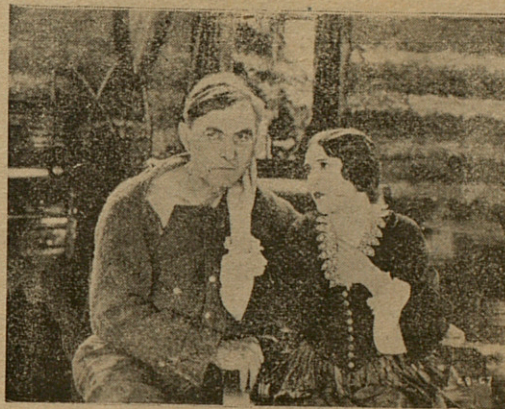
* * *

Pasaron los días y Parsons, comprendió que el corazón de aquella mujer no era malo, como él creía, y que todos sus pecados, eran origen de la frivolidad de su pasada juventud.

Durante los días de convalecencia, el amor que desde tantos años había sentido por aquella mujer, se hizo más potente a medida que

iba comprendiendo que el corazón de ella le pertenecía por completo.

Cuando llegaron las primeras brisas primaverales, cuando la naturaleza empieza a sonreír, mostrando, como mujer coqueta, la gala-



Pasaron los días y Parsons comprendió que el corazón de Raquel no era malo...

nura de sus campos, una pareja de recién casados, Jaime Parsons y Raquel Besons, en uno de los pequeños barcos que hacían la travesía, emprendían el viaje de regreso hacia el lejano Sundom, todo él riente bajo la caricia del sol meridional...

Tiernamente enlazados, los dos amantes veían esfumarse en el horizonte las áridas tierras de Alaska, mientras Raquel, cobijándose, felina, en los brazos de su amado le decía:

—Nunca olvidaré esa tierra que empezamos a dejar atrás, Jaime... A ella le debo el haber conocido la verdadera felicidad...

FIN

